

SA ASTURIANA, S. A.

La España

E MANUEL VAQUERO

CHOR FERNANDEZ DIAZ
le: JULIO PUENTE
BANGO, PEDRO PABLO ALONSO

LUIS GONZALEZ

erres: Calvo Sotelo, 7.-33007 OVIEDO
el: Teléfono publicidad y esquelas: 231985
de Correos: 233-33080, OVIEDO

Control de difusión



Faustino F. ALVAREZ

dotada y las defensas inmu-
nológicas se adiestraban en
campos de batalla de pago,
con recoge-pelotas y mozos
ayudantes. Sin embargo,
cuando las carrozas se demo-
cratizan y para ocupar su tro-
no es designada una muchacha
propuesta por la Asociación
de Vecinos de Fozaneldi
-es decir: una muhacha normal,
llana, hermosa gente del
pueblo-, un misterioso diablillo,
que ya andaba por «La
Regenta» y que conoce muy
bien lo que sucede de tejas
hacia abajo en las casas de
Vetusta, interviene y deja a la
joven reina fuera de combate.
Existen detalles, en la estructura
del localismo más estúpido,
que se resisten a los mandatos
de la razón y se atrincheran
en la nostalgia de las castas
y de los privilegios de un
estéril «Oviedn» ya periclitado.
Del mismo modo que hay
gentes de negocios o políticos
que acuden a la echadora
de cartas o al mago para
adivinar su futuro, yo recurrí
a la misteriosa bola visionaria
del espíritu carbayón para
as poder ofrecerle a la pobre
Sandra Fernández alguna
pista fantástica sobre su dolor.
También, para ofrecerle un
poco de esperanza: tranquila,
que la batalla está ganada,
y tanto los dolores de cabeza
como los mareos están producidos
por el aire que remueven,
al doblar para siempre
sus ropajes, quienes han
aprendido, a la fuerza, que
todas las muchachas del mundo
son iguales.
Eres muy joven, Sandra, y
conviene que sepas estas
cosas para, después, almacenarlas
en un olvido generoso.
Nunca llores por tu carroza
inalcanzada. Hay otros
muchos juegos en la vida.

ases del día

vidente que no hay nacionalismo
isco.
a que la imagen de España inspire
rifiquen las gestas de sus hijos,
ante renieguen de algo tan hermoso
nos hoy en España una sobreabun-
dancia.
a a Felipe que menos viajesitos y

El diputado Schmidt

Luis MEANA MENEDEZ

«Schmidt-Schnauze» lo llama-
ban los colegas, con esa mezcla
de respeto y de temor que inspi-
ran ciertas lenguas peligrosas, lo
que, traducido, viene a ser algo
así como pico, loro o deslenguado-
Schmidt, en alusión a su
retórica incisiva y penetrante,
repentina y afilada. El diputado
Schmidt -Hamburg- abandonó
hace unas semanas, después de
33 años de presencia ininterrumpi-
da, la política, o, para ser más
exactos, la escena política, des-
pués de haberlo sido todo en ella:
candidato, diputado, subjefe de
fracción, ministro y canciller.
Incluso después de haber sido lo
que casi nadie, en principio,
hubiera dado por posible: un
derrotado. Que tuvo que ver
cómo una medianía le pasaba el
rodillo de los votos por encima y
le apeaba de «su» cancillería, por
esas cosas, por esos excesos
estadísticos que tiene la democra-
cia, y que seguramente está
bien que los tenga.

No me puedo imaginar una
hora más negra para el arte de la
representación desde la muerte
de Humphrey Bogart, su antecede-
nte más claro y más similar en
el oficio. Ambos pulcros y puli-
dos, los dos en el papel de duros,
sin una concesión a la sentimental-
dad, asentados siempre en el
torredón de la distancia. El dipu-
tado Schmidt ha sido el actor
más grande que ha visto el Parla-
mento, alemán de la posguerra.
El pelo impolutamente blanco. El
corte exacto. El terno planchado
e impecable. La retórica cortada
por el mismo maestro y con igual
cuidado que el traje. El porte de
galán siempre en los mejores
años, independientemente del
número de ellos pasados. La dis-
tinción profesional de un cátedro,
pero no de esos catedráticos
chusqueros españoles a los que
nos hemos ido acostumbrando,
sino del prestigioso y sapiencial
«Professor» centroeuropeo. Con el
saber técnico tan moderno del
«Weltökonom» -nada que ver
con esos economistas con botas
vaqueras que se llevan ahora-
como a él gustaba representarse
y como a algunos les gustaba
caricaturizarlo con un semiocul-
to aire de venganza. Y, por en-
cima de todo, la pose, sobre todo la

pose: el gesto arrogante en el
momento despectivo más oportu-
no, el rapé siempre dispuesto
como signo inequívoco de su de-
satención más desconsiderada al
borde de turno, la forma de dete-
ner un párrafo para que se calen-
tara más todavía la sala y se
removieran todavía más los
cuerpos de los adversarios en las
sillas, la frase corta, unas veces
baja, otras rápida y casi mascu-
llada, y ese aire permanente de
estar por encima de lo mortal y
los mortales. ¿Puede pedirse más
a una pose arrogante, que tanto
le criticaron?

Todos los grandes actores
pasan un día a la historia gracias
a la representación de un determi-
nado papel. Peter O'Toole por
«Lawrence», Brando por el
«Padrino», Burton y la Taylor por
el matrimonio académico de
«Virginia Woolf». El papel magis-
tral por el que el diputado Sch-
midt quedará para siempre en
los libros de la farsa es el del polí-
tico según el guión de Max
Weber. Lo representó 33 años
seguidos sin que le pillaran nunca
en una repetición. Y lo mismo
que la cara, la figura, o el cuerpo
de Alec Guinness es ya para siem-
pre la cara y la figura de Smile,
el diputado Schmidt será ya para
siempre la figura del político tal
y como lo ideó Weber. Nadie podrá
ya en lo sucesivo leer el texto de
éste sin imaginarse al diputado
Schmidt. El aire de gobernante
reflexivo, equilibrado y respon-
sable, con visión y comprensión
-el Verstehen- del todo, que no
pierde nunca los papeles, domi-
nador y con dominio, valiente,
trabajador y seguro, con talante
de mando, pero sin asomo autorita-
rio, frío, sereno, sin que se le
note nunca un truco, una trampa,
aunque las haga, honrado
hasta lo imaculado, y con el
carisma brillante de la capaci-
dad, de la preparación y del
talento superior. Un político
modelo en la función de un dic-
cionario al que se acude para ver
lo que es y ha de ser. Está en el
diccionario. Y vale. Lo dice Sch-
midt. Y vale.

En esa hora de abandono y de
separación quien más pierde es
el teatro, el teatro en general y la
farsa, drama, tragedia y comedia

particular de la política. Tras
Wehner desaparece la segunda
figura de la legendaria Troika de
la no menos legendaria socialde-
mocracia alemana. De esa vieja
guardia queda ya sólo Brandt. Y
de la importante lista de figuras
secundarias de los viejos tiem-
pos, retirado ya Leber, quedan
sólo Wischnewsky, Bahr, Vogel y
poco más. Vienen detrás una tro-
pa de jóvenes aspirantes, pero
todo parece anunciar que la lla-
mada generación de los nietos no
será precisamente la quinta del
Buitre. Y de los socialismos y
socialdemocracias del Sur -que
tan creídos o convencidos están
de representar el relevo creador
que pide paso- puede también
dudarse que sirvan para mucho
más que para llevarle el café a la
cama a esa socialdemocracia
centroeuropea que marcó una
época, a pesar de todas sus limi-
taciones históricas. Con el dipu-
tado Schmidt desaparece quizá
también el mejor gobernante
alemán -y acaso hasta europeo-
de la posguerra (con permiso de
De Gaulle y otros Adenauers).
Seguramente, en la hora de la
retirada, el SPD habrá vuelto a
mesarme mil veces los cabellos
por el error histórico de haber
contribuido a la defenestración
del mejor estadista que tenía.
Pero son cosas que pasan. Como
se supone que los conservadores
españoles se habrán tirado cien
mil veces de los pelos por haber
tumbado a Suárez, el único capaz
de haberles dado el poder. Que
hay aquí un paralelismo eviden-
te.

Un adiós memorable

Hace un par de semanas el
diputado Schmidt se despidió de
la política como se le suponía,
con una representación excepcio-
nal. Como todas las suyas. Por-
que en el oficio mezcló tan bien la
ética con la pragmática, la diosa
a la que dio su máxima venera-
ción, que hasta parecía que no
sufría ninguna de ambas, lo que,
en realidad, sabemos que es
imposible. Al final, ese arte hasta
consiguió que muchos se reconcil-
iaran con la política, y casi, casi
hasta con la autoridad. Viendo a
aquel actor grandioso cualquiera

podía llegar a aceptar que la polí-
tica es sucia, pero también
humanista, y a veces hasta
humana; es inmoral, pero tiene
una dimensión ética; es un oficio
de trampas y tramposos, pero
tiene también su magia; es una
mentira, pero puede alcanzar
cotas de ficción y de utopía. Fue
siempre tan grande la represen-
tación que resultó prácticamente
imposible no dejarse engañar,
que eso es precisamente lo que
estamos todos, en el fondo, siem-
pre deseando, que nos engañen,
pero con un engaño que tenga
una cierta entidad. El problema
es que no había nunca ninguno
capaz de contar un cuento respec-
table. Hasta que llegó Schmidt.
El devolvió, de nuevo, la fe en el
engaño de la capacidad, que es el
más sutil y refinado de todos los
engaños sociales. Representó tan
magistralmente el papel del polí-
tico que, al final, nunca supimos
si él era de verdad político, o sólo
el actor que lo representaba. Fue
como Guerra, no éste de ahora
sino el de antes, el más grande.
Honor y gloria al diputado prusiano
Schmidt, que se retiró de la
escena política y, en la ceremonia
del adiós, además de lanzar un
par de venenos de los suyos,
pareció dejar caer, desde lo alto
de la estatua en la que vivía,
unas oportunas lágrimas de senti-
miento. Nadie se las había visto
nunca antes, pero es que un actor
de este calibre sabe desde el primer
día de carrera que ésas hay
que guardarlas para la ceremonia
de la despedida.

Con el diputado Schmidt Dios
le dio a Max Weber la posibilidad
de encarnar su ethos en un políti-
co mortal. Y, vive Dios, que el
diputado ha bordado el libro y el
papel. La pragmática ya está,
junto a la «diosa» Venus, en el
Olimpo de la política. Y como no
quedaría bien despedir a un
diputado tan fino, tan pulido y
tan prusiano con un vulgar «los
viejos rockeros nunca mueren»,
lo despediremos como su gloria
se merece: salve «Schnauze Sch-
midt», canceller de sueño y de fic-
ción, morituri te salutant. Que
viene a querer decir, en traducción
libre, los pobres mortales,
postrados a tus pies y abrazados
a la estatua, te saludan.

A corazón abierto
La «loto»



Jaime PEÑAFIEL

Soy de los periodistas que
piensan que el secreto profesio-
nal no prescribe con el paso del
tiempo. Ello me impedirá, a
veces, revelar o desvelar los
nombres de algunos protagonis-
tas de nuestras historias, prota-
gonistas que en su día prefirieron
tirar la piedra y esconder la ma-
no.
Pero como yo he prometido
hablarles «a corazón abierto»,
estoy seguro de que, con los
datos que facilito al lector insto-

do, no me había pasado jamás y
difícilmente podré olvidarlo.
Me imagino que ustedes
habrán jugado alguna vez a la
«loto». Pues bien, algo así o más
complicado fue lo que me propu-
so un intermediario que deseaba
vender, en exclusiva, la historia
de las relaciones extramatrimo-
niales de un personaje, muy
famoso él, casado y padre de
familia, con una dama no menos
famosa ella, de la que esperaba

idad de los personajes en cues-
tión.
-¡Hombre! Si usted no me
paga antes, yo no puedo decirle
los nombres porque, si se los digo
y luego no llegamos a un acuer-
do, usted ya nos conocería y
podría publicarlo...
Aunque sé que, por lo general,
«el ladrón cree que todos son de
su condición», le hablé de ética
profesional e intenté razonarle:
-Si yo no conozco la identidad
de los protagonistas de la historia

un cantante que un empresario.
Esto, cada uno por separado. Si a
ello sumamos que la marquesa se
lia con el ministro, por ejemplo,
el precio se incrementa mucho.
Ante este argumento, de una
lógica aplastante, el intermedia-
rio de la venta del retorcido enre-
do sentimental debió pensar que
yo llevaba razón. Guardó silencio
durante unos segundos y cuando
creí que se disponía a facilitarme
los nombres, hizo una de las pro-
posiciones más deshonestas e